

Jorge Jobet

El sonido del grito



N un sollozo de madera azul,
de papel carcomido, de arboleda,
de tabique despierto, asido al mapa,
rodando el éter eficaz y solo,
prolonga el grito su tesura intacta.

Forma idéntica al sueño, al humo trunco,
al despego asombrado de los sexos,
a las naves de senos inseguros,
cual un pájaro nuevo, cabeceando,
lance escudado en su desliz de flecha.

NOTA.—Estas poesías pertenecen al libro «*Agonías del ser*», de próxima aparición, de que es autor el fino y hondo poeta Jorge Jobet. El libro, que conocemos bien, contiene una severa y original producción poética, reveladora de un alto sentido artístico y de un sello profundamente personal, cualidades ya demostradas en su primera obra, «*El Descubridor Maravillado*».

Diverso y uno en los quebrados ojos,
y gestos hechos de canción y luna,
revienta el grito con sus picaflores.

Violento y simple, solitario, endeble,
preñado en vuelo de locales lánguidos,
cambia los rumbos de sus hijos tensos.

Desmadejado en conmoción de cúpula,
qué lejos del destierro y de los retos,
agonizando en sinsabores locos,
el grito aparecido, sin verdugos,
enterrándose aparte de los hombres.

ARAÑAS

Pariendo mundos áridos, en crisis,
plantas crudas de leche, embalsamadas,
de tempranos cautivos, mulas, pinos,
tejen flecos valientes las arañas.

Cómo atraen dispuestas prisioneras,
plintos tercos, palomas, calendarios.
En la plaza felpuda de los lirios
se concentran, sinuosos, los gusanos.
Con sus miembros, sonrisas, voladores,
debilitan la fe de la mañana.

Tibias redes, brillantes, espumosas,
en desiertas hileras, sin compases,
mixtifican el roble, sabia nota,
y se sienten rodar ladera abajo.

Pasa un cuervo zumbón, flautista mozo,
y acorrala gentil a las arañas.

HOMBRE SECRETO

Hombre de enredadera, sin alarde,
espejismo del trueno, inicuo vórtice
de impolutas etapas, el conflicto
en la lucha dorada de los nombres.

Difícil renacer, andante estela,
el mar hilando sus ovarios hondos,
no los índices tersos, el empiro,
oh montaña sin pie, cúmulo de olas.

El soplo lívido del ser, la mancha,
ahí el conjunto de columpios, puentes,
no hay defensa tenaz, siguen las reses
el consorcio supremo de los ciegos.

Por él hierve un andén, oh acostumbrado,
alud exacto, redondez severa,
la sierva de los árboles prodiga
sus codiciados frutos tempraneros.

¿Vendrá el atardecer, calmado aliso;
a desechar el triunfo de la hierba?
No importa. ¿Quién será? Suenan las torres
en la piel respirada de las venas.

Hombre de enredadera, fiebre, cárcel,
figura constreñida y atrasada,
con un genial acopio de estatura,
el soldado del sueño me desarma.

UN PAJARO MENOS

Ayer murió en el mar una gaviota,
sin sentir en sus plumas la marea.
Saltó desde una nube desinflada
sobre un firme velamen en aprieto.

Nadie vió su parábola de fuga
hasta el blando sepulcro del océano.
Ni un recuerdo de vértigo curioso
señaló su existencia frente al puerto.

Yo la vi, sin embargo, muy de cerca,
con mis ojos labrados en misterio.
Tan humilde vivió, tan desolada,
que las furias del viento no la hirieron.

Que se vistan de negro los corales
y musite su angustia la ribera.
Cuando mueren los pájaros marinos,
el silencio levanta sus compuertas.

CANTO DE AMOR DOLIDO

Amor para nacer vivir muriendo,
dolor de estos engaños no vividos,
tu ser de fuego muere en los sentidos,
amor para nacer vivir muriendo.

De altivo pan está tu voz henchida,
amor en frágil pugna con el tiempo,
mío de angustia vertical, lloroso,
amor para nacer vivir muriendo.

Te llevo en mis deliquios marginales,
y entre tanto de ti me estoy puliendo,
pesada carga para el cuerpo débil,
amor para nacer vivir muriendo.

Tu luz alumbra el túnel de mis nieblas,
y tu noche en mi espíritu se enciende
tal una tea de felices lágrimas,
amor para nacer vivir muriendo.